

GALÁN

CRÓNICA DE UN MAGNICIDIO

Albeiro Patiño Builes

FONDO
EDITORIAL
ITM



GALÁN: CRÓNICA DE UN MAGNICIDIO

Albeiro Patiño Builes



Patiño Builes, Albeiro, 1967-

Galán : crónica de un magnicidio / Albeiro Patiño Builes.--1a ed. -- Medellín : Fondo Editorial ITM, 2014.

223 p. (Textos urbanos)

ISBN 978-958-8743-59-2

1. Galán Sarmiento, Luis Carlos, 1943-1989 2. Políticos colombianos 3. Cónicas colombianas 4. Violencia política – Colombia 5. Colombia – Historia 1. Tit. II. Serie

923.2 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

GALÁN: CRÓNICA DE UN MAGNICIDIO

© FONDO EDITORIAL ITM

© ALBEIRO PATIÑO BUILES

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-958-8743-59-2

Hechos todos los depósitos legales

Rectora

LUZ MARIELA SORZA ZAPATA

Editora

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Corrección de estilo

LILA MARÍA CORTÉS FONNEGRA

Secretaria Técnica

VIVIANA DÍAZ

Diseño y diagramación

ALFONSO TOBÓN BOTERO

Impresión

EDITORIAL L. VIECO S.A.S

Hecho en Medellín, Colombia

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

FONDO EDITORIAL -ITM-

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: 4405197

<http://fondoeditorial.itm.edu.co/>

www.itm.edu.co

Medellín – Colombia

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

«Por la libertad, por la justicia, por la democracia, por la paz. Siempre adelante, ni un paso atrás. Y lo que fuere menester, sea».

«No reconozco enemigos dentro del Partido Liberal, los únicos enemigos son los que utilizan el terror, la violencia, para acallar al pueblo colombiano, para intimidarlo o para asesinarle a sus más importantes protagonistas».

«La justicia, como la libertad y la vida, hay que conquistarla todos los días. La lucha por estos ideales no termina nunca, pues estos son la íntima y constante aspiración de nuestro ser».

Luis Carlos Galán Sarmiento

In memoriam

Ministro, de Justicia Rodrigo Lara Bonilla

(Abogado, asesinado en Bogotá el 30 de abril de 1984)

Juez, Tulio Manuel Castro Gil

(Abogado, asesinado en Bogotá el 23 de julio de 1985)

Magistrado, Hernando Baquero Borda

(Abogado, asesinado en Bogotá el 31 de julio de 1986)

Magistrado, Gustavo Zuluaga Serna

(Abogado, asesinado en Medellín el 30 de octubre de 1986)

Coronel de la Policía, Jaime Ramírez Gómez

(Militar, asesinado en Bogotá el 17 de noviembre de 1986)

Director del periódico *El Espectador*, Guillermo Cano Isaza

(Periodista, asesinado en Bogotá el 17 de diciembre de 1986)

Procurador General de la Nación, Carlos Mauro Hoyos Jiménez

(Abogado, asesinado en Rionegro, Antioquia el 25 de enero de 1988)

Gobernador de Antioquia, Antonio Roldán Betancur

(Médico, asesinado en Medellín el 4 de julio de 1989)

Jueza, María Helena Díaz Pérez

(Abogada, asesinada en Medellín el 28 de julio de 1989)

Magistrado, Carlos Ernesto Valencia García

(Abogado, asesinado en Bogotá el 16 de agosto de 1989)

Coronel de la Policía, Valdemar Franklin Quintero

(Militar, asesinado en Medellín el 18 de agosto de 1989)

Senador de la República y Candidato

Presidencial, Luis Carlos Galán Sarmiento

(Abogado, asesinado en Bogotá el 18 de agosto de 1989)

CONTENIDO

Prólogo, El comienzo	13
PRIMERA PARTE	21
Error fatal	
Prólogo, El debate	57
SEGUNDA PARTE	65
Segundo atentado fallido	
Prólogo, Lara	125
TERCERA PARTE.....	133
El magnicidio	



PRÓLOGO
EL COMIENZO

*Medellín, Parque Berrío.
Sábado 6 de febrero de 1982,
07:16 p.m.*

En el Parque Berrío concurrían el número de personas que Galán y Lara esperaban. Estaban en la segunda ciudad del país y querían buenos resultados. Solo eso daría la idea de que un renovador movimiento estaba naciendo. El mensaje sería contundente: tenían ideas y querían exponerlas. Además, los acompañaba un excelente equipo de trabajo.

Faltaban menos de quince minutos para subir a la tarima y Lara dijo que debía atender una llamada. Se alejó del grupo, algunas miradas pendientes de sus pasos, y se perdió entre la gente en busca de un teléfono.

Le habían dado el mensaje de que había información importante; la tenía Iván Marulanda, un miembro del movimiento, y debía comunicarse con él en Bogotá. Tomó el teléfono, miró el número anotado en un pedazo de papel y marcó. Esperó durante cortos segundos, hasta que al otro lado de la línea alguien se puso al habla. Lara se identificó. La voz dijo:

—Ha surgido algo nuevo, Rodrigo. Y son malas noticias.

—¿Qué pasa, Iván? —preguntó Lara.

—Lo que temíamos —dijo la voz—. Es Ortega.

—Dime —apremió Lara.

—Pablo Escobar, su suplente, tiene antecedentes.

Lara se mordió los labios; luego hizo una especie de puchero como si estuviera a punto de llorar. En su mente se dieron cita una serie de vagas ideas que lo empujaron a pensar. En los medios políticos circulaban rumores sobre Pablo Escobar Gaviria, pero no había nada confirmado ni alguien que pusiera la mano en el fuego a la hora de señalarlo. Él tenía reservas.

Como las tenía Galán. Estaban a punto de enfrentar a su público y había que tomar una decisión respecto de aquella novedad. Él sabía lo que debían hacer. Y sabía que Galán también.

La conversación con Iván Marulanda se prolongó durante un minuto más. Finalmente, Lara colgó. Luego, corrió en busca de Galán.

Lo alcanzó a punto de subir a la tarima. Precisamente estaba esperando que Lara apareciera, quería presentarse en público con su hombre de confianza.

Rodrigo Lara Bonilla se desempeñaba como coordinador nacional del Nuevo Liberalismo. Se había convertido en la mano derecha de Luis Carlos Galán Sarmiento, a pesar de que eran hombres con personalidades esencialmente diferentes. Galán era serio, a veces hasta distante, mientras que Lara era jovial y conversador.

Lara se acercó a Galán y le habló al oído; estaba impávido, la mirada clavada en el piso. Le dijo cada palabra con la misma lentitud y el mismo acento que tenía Iván Marulanda en el teléfono al darle la noticia.

Galán permaneció en silencio durante dos segundos. Se sentía abrumado. Aquel momento, que debía estar colmado de alegría, se había convertido de pronto en una tortura. No podía permitir que las cosas avanzaran más; lo habían asaltado dudas sobre algunos miembros y había pedido que los investigaran. Pero cuando llegó el resultado casi sintió que su alma se doblaba. Nada era como lo había querido. Ahora debía demostrar que lo que promulgaba era verdad.

—¿Cómo dejaron pasar esto? —preguntó airado Galán. Lara, el hombre fiel que había conocido en 1976, cuando

Galán regresó de Roma y se vinculó activamente a la política, no supo qué responder.

A pesar de su ánimo político y su visión de futuro había pecado de confiado y crédulo. Se lo dijo a sí mismo como si se castigara. Había dejado la puerta abierta para que todos entraran, y muchos lo habían hecho. Incluso los que ahora resultaban indeseables.

Las imágenes y los pensamientos se dieron cita en las mentes de ambos hombres: Pablo Escobar Gaviria nació pobre pero encontró la forma de hacerse rico. Disfrutaba la sensación de poder que da el dinero. Pero su gran sueño fue siempre gobernar, así es que para granjearse su última voluntad un día fundó el Movimiento Medellín Sin Tugurios: civismo, nacionalismo, programas sociales y deportivos eran las consignas; su eje central eran las barriadas de Medellín. Con este movimiento sacó a todos los habitantes del basurero y les dio vivienda. En contraprestación el capo halló lo que buscaba: el sendero que lo llevaría al gran camino por el que habría de encontrar una fuerza que lo impulsara. Tiempo después se unió al Nuevo Liberalismo, un partido joven fundado en noviembre de 1979, una especie de clan familiar todavía sin muchos seguidores. Era dirigido por Luis Carlos Galán Sarmiento y Rodrigo Lara Bonilla, dos jóvenes emprendedores, de ideas novedosas, que soñaban con cambiar al país. Galán y Lara celebraban cada vez que un movimiento los respaldaba. Ortega y Escobar lo hicieron, luego, pasaron cuentas de cobro: en su lista aparecía Ortega como principal y Escobar como suplente a la Cámara de Representantes.

Galán miró a Lara, pasmado, los ojos muy abiertos. Finalmente dijo:

—Que dejen cada cosa por escrito. No podemos hacernos responsables de esta situación.

Lara se apartó de nuevo de Galán. Tenían dos minutos para subir de forma puntual a la tarima y ahora, más que nunca, querían estar juntos. Lara corrió, y Galán decidió esperarlo.

Junto al teléfono, Lara marcó de nuevo el número y aguardó. La voz de Iván Marulanda no se hizo esperar. Pronto respondió y Lara dijo inmediatamente:

—Que corrijan el gran error. La frase debe decir: «Pedimos encarecidamente que por favor se corrija la lista en el renglón de suplente».

Lara colgó y corrió de nuevo, esta vez en dirección a la tarima. A la hora en punto los dos hombres, Galán y su mejor amigo, su hombre de confianza, empezaron a subir las escalas.

La algarabía fue como la esperaban, como la habían soñado.

Galán habló de sus planes, de sus sueños, de todos los caminos que juntos, si así lo decidían, podían recorrer.

Al recoger las palabras que él mismo había escrito al redactar el primer documento del Nuevo Liberalismo, Galán barrió con la mirada cada rincón del parque:

—Todo nuestro ideal político se resume en el objetivo de construir, a partir de ahora y en el curso de los próximos veinte años, la nueva Colombia que actuará con dignidad y eficacia en América Latina y en el mundo, dentro de las condiciones económicas, sociales y políticas del siglo XXI.

Sentía la emoción al hablar pero su mente procesaba también otros pensamientos. No podía olvidar las palabras de Lara, le daban vueltas en su cabeza al paso de los segundos. Pero continuó su discurso de forma ordenada, resumiendo las posiciones básicas de su movimiento:

—La sociedad colombiana está dominada por una oligarquía política que controla las corporaciones públicas y ha convertido la administración del Estado en un botín que se reparte a pedazos después de cada elección.

Y al final, tan altivo como inesperado, desafiante, con su pelo revuelto y un grito al aire, expuso sus posturas verticales sobre el tema del narcotráfico.

—Ha empezado a infiltrar el Congreso —dijo.

Levantó los brazos, como si fuera a lanzar sus puños al aire, los índices señalando al cielo, y con voz potente, airoso, denunció los vínculos de Pablo Escobar Gaviria con la mafia.

Sin pensar en los votos, solo en su dignidad, dijo:

—No podemos aceptar el apoyo de personas que no tienen cómo explicar sus fortunas.

Durante nueve minutos se centró en el que consideraba uno de los temas más importantes a tratar ese día. Debía dejar claro su compromiso y no veía otra forma de hacerlo que mostrando valentía al momento de tomar tal decisión.

Cuando se bajó de la tarima, Lara detrás, Jairo Ortega Ramírez y Pablo Escobar Gaviria habían sido expulsados públicamente del Nuevo Liberalismo.

Esa misma noche, consolador, El Santo se acercó a los dos hombres. Jairo Ortega y Pablo Escobar se sentían aporreados, denigrados, humillados. La afrenta estaba ahí, y dolía; pero además había sido pública, y eso dolía más. Los invitó a tomar un trago y a conversar.

—Hablando todo se arregla —dijo El Santo—. Y aquí no ha pasado nada.

Minutos después estaban sentados a una mesa, bebiendo y conversando como si se tratara de celebrar.

El tema fue rodeado de varias formas. Se habló de la situación como si se analizara una obra de teatro: el escenario, los personajes, la trama, el desenlace. Todo fue considerado. Finalmente pasaron a las promesas:

—Nunca se lo perdonaré —dijo Escobar como con tristeza—. Yo casi financié el nacimiento del Nuevo Liberalismo —agregó, fijando sus ojos en Ortega, como si tratara de convencerlo.

—Yo no pienso como ellos —intervino El Santo—. Además —agregó—, lo importante no es de dónde provenga la plata sino qué haremos con ella.

Levantó su copa y los invitó a brindar.

—Bienvenidos al Partido de Renovación Liberal —dijo. Luego chocaron sus tres copas en el aire.

Días después, como una forma de respaldar a quien había sido injuriado públicamente, sus amigos apoyaron las más elogiosas palabras para presentar a Pablo Escobar Gaviria en sociedad. A los diferentes medios escritos llegó una carta que fue publicada sin reparos. En ella decía:

«Apoyamos la candidatura de Pablo Escobar para la Cámara de Representantes porque su juventud, su inteligencia y su amor por los desprotegidos lo hacen merecedor de la envidia de los ‘políticos de coctel’. Porque lo apoyan todos los liberales y conservadores del Magdalena Medio, ya que ha sido El Mesías de esta región».

Tiempo después, los dos hombres que siempre figuraron juntos en las listas, fueron elegidos como dignatarios: Ortega como principal y Escobar como suplente.



PRIMERA PARTE
ERROR FATAL

«Toda generación piensa que sus obligaciones son las más complejas y especiales. Nadie puede decirlo en forma absoluta. Personalmente admiro y respeto las circunstancias en que los hijos de Colombia lucharon por su independencia, se unieron y dividieron en decenas de episodios para construir las instituciones, dominar el territorio y crear la nacionalidad. Espero hoy que los ejemplos de carácter, los esfuerzos y la visión de los antepasados, así como las lecciones derivadas de sus errores, debilidades y excesos nos orienten para cumplir nuestros deberes en esta época cuando parecen multiplicarse los retos de la Nación.

El decenio de los años noventa puede ser el más importante del siglo XX. Las novedades políticas y económicas recientes, por ser las más significativas del planeta desde la Segunda Guerra Mundial, nos ofrecen a los colombianos una gran oportunidad para reorganizarnos y progresar».

Luis Carlos Galán
Junio 4 de 1989

**Medellín, Antioquia.
Martes 4 de julio de 1989,
06:15 a.m.**

Siempre bondadoso, Antonio Roldán Betancur se había hecho al amor de su familia y amigos, lo mismo que al respeto de quienes lo conocían. A sus 43 años era un hombre de aspecto serio pero de actitud entregada, como eran todos en Briceño, Antioquia, su tierra natal, un pueblo donde sus padres, Ángel e Inés, se habían conocido, y donde la familia había vivido y crecido hasta convertirse en lo que era: una fortaleza familiar de donde todo lo que salía olía y sabía a amor.

Se había despertado temprano. Había estado trabajando en lo que sería su discurso; quería transmitir un mensaje claro y decidido pero también ser discreto y mesurado, no alargarse en teorías de dificultad frente a gente que sabía hasta la saciedad de eso: la vida en Medellín y el resto de Colombia había sido volcada, durante los últimos años, al miedo y a la impotencia, y nadie quería más de lo mismo y menos en los discursos de los políticos. Él era uno, pero conocía y entendía a sus gobernados, y si en sus manos estaba darles gusto, pues «¡ni modo!», pensó un día, para eso había sido nombrado.

Su esposa Gloria y sus hijas Natalia y Daniela eran el amor de su vida. Por ellas se acostaba cada noche con la idea de levantarse al día siguiente a trabajar; por ellas se levantaba cada día con el ánimo fortalecido, con el corazón palpitante y el alma crecida y ansiosa, con ganas de empujar el cuerpo a laborar.

En su lugar de trabajo se mostraba de una simplicidad que superaba los límites del alma: diáfano, transparente. Su patrón de comportamiento era ejemplar, y su filiación política, liberal

desde siempre y hasta siempre, lo habían hecho conocedor y conocido, sin ánimo conflictivo.

Toda la familia se encontró en el comedor para el desayuno. Natalia, de 4 años, llegó con un oso de peluche en una mano —el dedo meñique de la otra en la boca—, mientras Daniela, de escasos 8 meses, dejó de llorar cuando su madre, que la llevaba en brazos, le puso en la boca el chupo de un tetero. Antonio Roldán Betancur comió en abundancia, estuvo risueño y conversador, y tuvo tiempo y ánimo para celebrar los comentarios y chistes de Gloria, quien por alguna extraña razón se había levantado con una idea recurrente en la cabeza: la de aquel 4 de junio (exactamente un mes atrás) cuando su esposo había asistido al homenaje que el pueblo de Briceño le había rendido por ayudarles a conseguir los recursos para construir el templo. Antes de que Toño (como todos lo conocían) viera descubrir la placa de agradecimiento, el padre Nicolás Múnera le dijo al oído al gobernador: «Hubo un error en la construcción de la placa: en vez de 4 de junio pusieron 4 de julio». El mandatario, haciendo honor a su buen humor, no puso reparos, y en cambio consideró jocoso el asunto. Y para evitar que aquella trivialidad estropeará el evento, se acercó al padre Nicolás y le dijo en el mismo tono que él tenía cuando le dio la mala noticia: «Déjelo así, padre. Por algo será». Gloria, con una mueca risueña en el rostro, le recordó a Toño: «Hoy es cuando debiste haber ido a Briceño». Él la miró y le dijo que quién sabe en qué andaba pensando el escultor cuando talló la placa. A Gloria se le ocurrió hacerle una broma al respecto, pero puso en un lado de una balanza imaginaria lo bromista que era Toño y en el otro lado lo que le molestaba que le hicieran bromas a él, y entonces decidió mejor cambiar de tema. Después se dieron a la tarea de mirar y tocar a las niñas, de acariciarlas mientras las acompañaban y las ayudaban a

comer. Tenían las mañanas y las tardes para entregarse unos a otros, y, sabores de ello, no las desperdiciaban.

Finalmente, una a una las mujeres empezaron a perderse de su vista. Natalia arrastrando sus pies y su peluche entre los brazos en busca de su cama; Daniela en brazos de Gloria, su mamá, volviendo a llorar.

El Gobernador permaneció aún en su puesto en la cabecera de la mesa. Muy dentro de su cabeza, Los Ayer's entonaban *Cenizas al viento*. Como no se la podía quitar de su cabeza, a ratos pensaba en lo que leía, y a ratos dejaba de hacerlo para volver a la melodía: «Yo me voy hasta el monte mañana / Yo me voy a cortar leña verde / para hacer, una hoguera y en ella / y en ella echar a volar tu cariño...». El día anterior, en la finca, se había tomado media botella de aguardiente y había escuchado la melodía varias veces, tarareándola como si buscara cansarse de ella, o aprendérsela.

Dio una última mirada al documento que había preparado. En el primer párrafo leyó, concentrado:

El derecho a la vida es el derecho fundamental del hombre, pero la violencia irracional sigue mancillando cada día ese sagrado derecho. Razón tenía Héctor Abad Gómez cuando anotaba que no es matando guerrilleros, soldados, hombres de bien, como vamos a salvar a Colombia. Es matando la pobreza, la ignorancia y el fanatismo, como podemos mejorar al país.

Pero la violencia sigue haciendo estragos, creando sobresaltos, apagando el aliento vital de inocentes víctimas, ahuyentando el sueño de la paloma de la paz.

Se interrumpió en la lectura cuando sintió un chirrido de llantas en la calle. Sabía que venían a recogerlo y no quería que los hombres tuvieran que esperarlo.

Se dispuso, caminó a pasos largos hasta la alcoba y recogió su maletín; abrió la solapa delantera y dejó en el compartimiento las hojas con el ensayo que, consideró, estaba terminado. Le había faltado la revisión de los últimos párrafos, pero ya tendría tiempo de leerlos en el carro de camino al despacho.

Se lavó los dientes a toda prisa y corrió en busca del maletín. Pasó por los lugares donde estaban Gloria y Daniela, y las besó para despedirse. Natalia fue la última. Estaba tumbada en la cama y se abrazó a su papá cuando lo vio. Era como si no lo quisiera soltar, como si no quisiera que se fuera. Él la apretó fuerte, deshizo el abrazo y la recostó de nuevo, la cobijó y se dispuso para marcharse. Desde la puerta de la habitación le tiró con los dedos un último beso. Ella lo recibió con una sonrisa triste. Él cerró la puerta y, en el pasillo, buscó la reja que conducía al garaje.

*El Santuario - Antioquia.
Viernes 23 de junio de 1989,
10:45 a.m.*

Las dos damas de Pablo Escobar se desplazaban por la vía Medellín-Bogotá, rumbo a la capital del departamento; las acompañaban el conductor, un hombre silencioso y taciturno, y dos sujetos más que cumplían la función de escolta de las dos mujeres.

Habían logrado avanzar sin interrupciones de ningún tipo, como si fueran seres invisibles. Estaban a punto de atravesar el peaje de El Santuario y se sentían confiadas. Faltaba poco más de una hora para llegar a su destino.

El conductor detuvo el vehículo para pagar el impuesto; notó que alguien se acercaba pero permaneció impasible. Miró por el espejo retrovisor izquierdo y un vacío le llenó el estómago. De pronto, una voz le dijo displicente que apagara el motor y descendiera. Miró por la ventanilla el espejo retrovisor derecho. Vio a un uniformado pegado al carro, sosteniendo un fusil. A su lado dos militares más lo custodiaban. El militar tocó dos veces en el vidrio de la ventanilla trasera y dos veces más en la de adelante; buscaba llamar la atención de los ocupantes. Cuando lo consiguió, les indicó a todos con la mano que bajaran.

Del vehículo descendieron, además del conductor, la mujer y la hija de Pablo Escobar Gaviria, y los dos escoltas. Los militares les pidieron sus documentos y los analizaron con detenimiento, como si buscaran algo. Al final, le ordenaron a los hombres que subieran de nuevo al carro y se marcharan; a la mujer y a la niña las condujeron a una patrulla parqueada cerca del peaje. Durante la siguiente hora fueron trasladadas

al comando de la Policía de Antioquia, en la avenida Oriental, en el centro de Medellín.

Una vez en el edificio del comando las recibió el coronel Valdemar Franklin Quintero. Vestía impecablemente: uniforme bien planchado, corbata apretada al cuello. Lucía recién motilado, el bigote corto, las botas pulcramente lustradas. Los hombres se retiraron cuando lo vieron acercarse. Inspiraba tal respeto que muchas veces se confundía con temor. Ingresó a la sala dando pasos firmes y decididos. Las dos damas lo miraron sin saber de quien se trataba. Las saludó, les preguntó cómo estaban y si habían tenido un buen viaje desde El Santuario. María Victoria asintió a cada pregunta. La niña, apoyada en la figura de su madre, guardaba silencio y esperaba.

El coronel Valdemar Franklin Quintero las dejó en la sala, sentadas una al lado de la otra, sin haberles dado mayores explicaciones. María Victoria había preguntado qué pasaba, por qué las habían traído, pero el coronel no le había dado respuesta. Ahora se encontraba a un lado de sus hombres y le daba instrucciones en voz baja a uno de ellos. El coronel se retiró y el hombre ingresó a la sala. Había pedido la compañía de dos mujeres uniformadas, y ellas lo siguieron. Cada una tomó del brazo a una de las dos retenidas, y les pidieron que las acompañaran. Segundos después las dejaron en diferente calabozo.

María Victoria se sentía como una delincuente. La niña, sin comprender lo que ocurría, solo pudo acumular en su mente las escenas vividas, como quien las almacena para tiempo después recordarlas.

Los minutos se alargaron para las dos mujeres. Habían pasado de sus lujos y consentimientos a un mundo desconocido donde todo eran limitaciones. No sabían exactamente dónde estaban ni por qué las habían llevado allí; no podían moverse

más que en el pequeño espacio a donde habían sido reducidas, como si fueran animales; no les permitían hacer una llamada, no les respondían cuando preguntaban y les preguntaban cada que las miraban, como si quisieran sacarles a fuerza lo que ellas no sabían a ciencia cierta.

Manuela, la hija del capo, al verse sola y aislada se soltó en llanto. Buscaba y pedía a su mamá. Pero su mamá no aparecía, y la niña lloraba más. Nadie le prestaba atención. Los policías la miraban como se mira una cosa rara, de lejos, casi señalándola, clavándole dardos de indiferencia que le dolían. María Victoria podía sentir el llanto de la niña; podía adivinar su terror, pero no la veía a ella. La imaginaba asolada, indefensa, y temía por lo que pudiera pasarle. Era un sufrimiento angustiante, desgarrador, que la incitaba a gritar y a pedir que alguien las escuchara. Pero todos las ignoraban.

Finalmente, un hombre en uniforme militar apareció frente a la reja de la celda de María Victoria. Era, de nuevo, el coronel Valdemar Franklin Quintero. Le preguntó si sabía dónde estaba Pablo Escobar. Ella dijo que no. El hombre no volvió a preguntar; se retiró y se acercó a la celda donde estaba Manuela, se agachó, para que sus ojos quedaran a la altura de los de la niña, y le dijo:

—Cuando vas a donde tu papá, ¿hace frío o calor?

Manuela no respondió, solo miró y lloró, como desahuciada.

El coronel Valdemar Franklin Quintero volvió a preguntar:

—¿Tú viste a tu papá ahora que fuiste a donde él?

Manuela, otra vez, guardó silencio, y arreció en su llanto.

Valdemar Franklin Quintero se levantó, la miró, miró hacia la celda donde se encontraba María victoria, y se alejó del lugar.

Cuando iba a su despacho una mujer en uniforme le salió al paso.

—Tiene una llamada —le dijo.

—¿Quién es? —preguntó el coronel.

—Pablo Escobar —respondió la mujer, impasible.

—Dígale que no le paso a criminales —ordenó el militar.

La mujer salió a cumplir lo mandado por su superior, y Valdemar Franklin Quintero, pasándose una mano por la cabeza varias veces, se perdió en el pasillo en busca de su despacho.

Manuela lloraba incansable mientras María Victoria, su madre, rogaba para que le permitieran darle tetero. Los militares que las custodiaban no podían creer que a tales años todavía se pudiera llorar por la falta de tomar tetero. Uno de ellos se alejó y regresó con una gaseosa; iba a ofrecérsela a la niña pero otro le dijo que el coronel había dado la instrucción de no suministrarles alimento alguno. El oficial con la gaseosa desistió en su empeño, así que los ruegos solo recibieron respuestas inclementes. «No» silenciosos era lo único que se escuchaba. La niña nunca tuvo lo que pedía. Y tanto ella como su madre, durante las largas horas, no recibieron ningún alimento.

En su despacho, el coronel Valdemar Franklin Quintero se sentó en su silla tras el escritorio. Detrás, apenas segundos después, apareció la mujer que le había anunciado la llamada del capo. Le pidió permiso para ingresar. El coronel le indicó con un gesto que siguiera. Ella lo hizo. Llevaba un pedazo de papel en la mano y se lo entregó. El coronel lo miró como con cansancio; sus ojos no delataron ningún sentimiento cuando leyó. La mujer, a la espera, sabía lo que decía, pues había tomado la nota:

«Habla Pablo Escobar Gaviria; dígame al hijueputa del coronel ese que deje en libertad inmediatamente a mi inocente familia, o si no que se atenga a las consecuencias».

El coronel despachó a la mujer. Bajó la cabeza, enterró la mirada en el piso, luego tiró atrás el cuerpo, puso los brazos a cada lado y permaneció así, pensando. Se preguntó cuál sería la consecuencia de su accionar, se preguntó si debía dejar a las dos mujeres detenidas o liberarlas inmediatamente, como decía Pablo Escobar. Lo imaginó revolviéndose en su escondite, maldiciendo todo lo que veía y escuchaba. Se había convertido en un peligro para todo ser viviente pues sus actos, a costa de ir dirigidos a alguien en especial, iban al tiempo contra todo el que se atravesara, voluntaria o involuntariamente. Sabía que él se había estado atravesando, que lo había hecho al detener a sus dos mujeres, y que al no liberarlas lo injuriaba de forma brutal. Sabía que desde ahora tendría que vivir esperándolo, aguardando que las balas lo penetraran o las bombas estallaran a su lado. Era el precio que tenía que pagar por cumplir su tarea con pasión y compromiso.

Pensó que no tenía orden de captura, tampoco esperaba obtenerla, y menos para retener a una niña de cuatro años. No podía darle alargue a la situación. Estaba ansioso, quería resultados, pero sabía que no tenía nada. Dos horas después dio la orden de que las liberaran.

*Puerto Triunfo, Antioquia.
Jueves 22 de junio de 1989,
07:47 a.m.*

Los tres hombres se encontraban en la vereda Las Marionetas —la segunda casa perdida en la selva más importante para el capo— y discutían un tema que, había dicho El Santo, era de la mayor importancia para todos. Popeye se preguntó «quiénes serían todos». El Santo había ganado importancia y hablaba en nombre de muchos como si lo hiciera en el suyo propio. Popeye no se respondió, pero sabía que cuando El Santo decía «todos» realmente se refería a sí mismo y solo a él. Pablo Escobar, arrellanado en un sillón, silencioso e impasible, no dijo nada. Apenas si escuchó las palabras de El Santo. Eran duras, no extrañas para sus oídos pero sí rigurosas y mandatarias, e insistían en un acto que tenía grandes implicaciones para los allí presentes, para el Cartel y para el resto del país. El Santo se lamentaba de que no lo habían escuchado, pero no era así, lo habían hecho, y bien. Y además se había analizado lo que pedía: era absolutamente inconveniente.

Aparte de ellos tres nadie más estaba presente, y nadie más debía saber lo que allí se había tratado.

«El Santo exagera», pensó Pablo Escobar. «Y si no es así, está enfermo».

Pablo Escobar se lo había dicho en otra conversación a Popeye.

—El Santo está obsesionado con Galán.

Los dos hombres lo escucharon. Tenía todo claro y, sin restar importancia a cada detalle, explicó los principales aspectos que había previsto:

—Galán dictará una conferencia en la Universidad de Medellín —dijo.

La oportunidad estaba dada. Debían esperarlo a la salida del evento y cuando le llegara la hora, volarlo en mil pedazos.

Las palabras sonaban naturales, como si se pronunciaran a diario, como si hora tras hora se hubiera practicado el discurso. Sin embargo, y era claro para todos, hombres curtidos y expertos, matar al más fuerte candidato a la Presidencia de la República no era algo que se hiciera todos los días.

Pero en algo se pusieron de acuerdo:

—Es él o nosotros.

El Santo, habiendo aclarado los pormenores, cedió la palabra al capo. Pablo Escobar, decidido a darle fin al problema, decidió ponerse al frente.

Popeye fue encomendado de la misión.

Entre las opciones para ejecutarla surgió un exsoldado con experiencia. Con él hablaría el mismo Pablo Escobar para darle los detalles y negociar el trabajo.

Se miraron a los ojos unos a otros, cruzando ansiosamente miradas que iban y venían al ritmo de siseos y negativas, de palabras al aire y apretones de ojos y dientes. Tras varios segundos de pensarlo, de sugerir y analizar, otro de los aspectos críticos fue decidido.

Una bomba sería el arma adecuada. De eso debía encargarse el exsoldado una vez tuviera los medios, y conseguir los medios fue la tarea que le asignó el capo a Popeye.

—Que no quede ninguna pista —le dijo el capo.

El Patrón había previsto cada detalle, de tal forma que la evidencia que quedara no dirigiera a las autoridades hacia el Cartel de Medellín sino hacia el Cartel de Cali. Pablo Escobar había sido explícito:

—Debe quedar a nombre del caleño.

Popeye sabía que cuando El Patrón hablaba era porque en su cabeza ya se habían dado cita todas las escenas, y las

mismas habían llevado a buen fin el acto. Ahora el acto debía llevarse a la realidad.

La reunión terminó al ritmo de presiones y afanes. Popeye, que disponía de todos los recursos, diez minutos después pidió un helicóptero y se desplazó hacia Armenia. Lo acompañaban dos hombres, discretamente armados, pues la operación debía llevarse a cabo con la mayor mesura.

Los contactos habían sido realizados desde Medellín, el mismo Pablo Escobar hizo algunas llamadas, de suerte que en el Eje Cafetero solo restaba finiquitar algunos detalles: entregar armas, dinero, darse apretones de manos, animarse para que todo saliera como se había planeado.

Cuando el hombre tras el escritorio terminó su labor, la estrategia de encubrimiento estaba montada. Popeye recibió los documentos y miró cuidadosamente los aspectos que le interesaban. Finalmente levantó la cabeza y sonrió al hombre que había completado, como era lo esperado, lo requerido. La factura era la número 1060, estaba fechada el 22 de junio de 1989, y mediante esta se compraba el vehículo Mazda 323, de placas ARK 330, a nombre de Helmer Herrera Buitrago, alias 'Pacho', el reconocido capo del Cartel de Cali.

Coda histórica

Los autores intelectuales del magnicidio de Luis Carlos Galán Sarmiento, como Pablo Emilio Escobar Gaviria alias ‘El Patrón’ y Gonzalo Rodríguez Gacha alias ‘El Mexicano’ fueron dados de baja por comandos conjuntos de la policía y el ejército de Colombia y la DEA de Estados Unidos.

Otros participantes en la planeación de la muerte de Galán, como Henry de Jesús Pérez Durán, Kiko Moncada, Albeiro Areiza alias ‘El Campeón’ y Luis Antonio Meneses alias ‘Ariel Otero’, murieron en ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes.

Los autores materiales como Jaime Eduardo Rueda Rocha, José Ever Rueda Silva, Orlando Chávez Fajardo, Enrique Chávez Vargas, y los otros catorce sicarios que participaron en el magnicidio, fueron asesinados en diferentes hechos.

Ponal Jacobo Torregrosa Melo, jefe de escoltas del candidato al momento del atentado, murió en Santa Marta a consecuencia de un aneurisma.

El Santo, Alberto Santofimio Botero, purga una condena de 24 años de cárcel, por la coautoría intelectual del asesinato de Luis Carlos Galán Sarmiento.

John Jairo Velásquez Vásquez alias ‘Popeye’ salió en libertad condicional el 26 de agosto de 2014, después de pagar 22 años de prisión por sus delitos cometidos en aquella época.

Virginia Vallejo, la presentadora de televisión más popular de Colombia en la década de los ochenta, ex amante de Pablo Escobar, se encuentra en algún lugar de Estados Unidos, autoexiliada.

Pinina, Séforo, La Negra Vilma, Ricardo Prisco Lopera, El Gargajo, El Chopo, El Arete, Titi, Séforo, Julio Lagarto... y muchos, muchos más, eran una enorme cofradía de sicarios

que conformaban el «Ala Militar del cartel de Medellín», germinada de la criminalidad del narcotráfico y el terrorismo.

Solo en 1989 murieron en Colombia a manos de esta «Ala Militar» más de mil policías y cerca de doscientos funcionarios de la justicia.

El 18 de agosto de 2009, veinte años después del magnicidio de Galán, y justamente el día en que prescribía la investigación, la Fiscalía General de la Nación expidió orden de captura contra el general Miguel Alfredo Maza Márquez, para la época director del DAS, por su presunta coautoría en los hechos que dieron lugar a la muerte del excandidato presidencial Luis Carlos Galán Sarmiento. La investigación contra el general Miguel Alfredo Maza Márquez continúa en curso.

El proceso sigue abierto, pues el magnicidio ha sido declarado Delito de Lesa Humanidad, con el fin de continuar las investigaciones, esclarecer los hechos y las responsabilidades, y castigar a los culpables.

que conformaban el «Ala Militar del cartel de Medellín», germinada de la criminalidad del narcotráfico y el terrorismo.

Solo en 1989 murieron en Colombia a manos de esta «Ala Militar» más de mil policías y cerca de doscientos funcionarios de la justicia.

El 18 de agosto de 2009, veinte años después del magnicidio de Galán, y justamente el día en que prescribía la investigación, la Fiscalía General de la Nación expidió orden de captura contra el general Miguel Alfredo Maza Márquez, para la época director del DAS, por su presunta coautoría en los hechos que dieron lugar a la muerte del excandidato presidencial Luis Carlos Galán Sarmiento. La investigación contra el general Miguel Alfredo Maza Márquez continúa en curso.

El proceso sigue abierto, pues el magnicidio ha sido declarado Delito de Lesa Humanidad, con el fin de continuar las investigaciones, esclarecer los hechos y las responsabilidades, y castigar a los culpables.

Nota

El argumento de **Galán: Crónica de un magnicidio** se inspira en los hechos que dieron lugar a la muerte de Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia de Colombia entre 1983 y 1984, así como en los sucesos violentos ocurridos entre los meses de julio y agosto de 1989, como resultado de los cuales murieron insignes hombres, como Antonio Roldán Betancur, entonces Gobernador de Antioquia, el coronel Valdemar Franklin Quintero, Comandante de la Policía del Departamento, y Luis Carlos Galán Sarmiento, para la época el más oprobioso a ser elegido Presidente de la República en las elecciones que finalmente se llevaron a cabo en 1990 sin su participación, además de varios magistrados y gente del común, que tuvo la ingrata suerte de cruzarse, voluntaria o involuntariamente, en el camino del narcotraficante Pablo Emilio Escobar Gaviria.

Albeiro Patiño Builes

Ingeniero electricista de la Universidad Nacional, Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit, Especialista en Alta Gerencia de la Universidad de Medellín y Magíster en Dirección Estratégica, Planificación y Control de la Gestión del IEE de España. Se desempeña como ejecutivo en Tecnología de la Información en una entidad bancaria, al tiempo que como Docente-Investigador en la Fundación Universitaria Católica del Norte. Presidente-Fundador de la Corporación para la Innovación y el Desarrollo Educativo de Colombia (CIDEDEC). Su obra literaria ha recibido numerosos premios, entre los que destacan: Primer puesto en el II Premio Nacional de Novela - Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia (2006) y Primer puesto en el I Concurso de Cuento de la Asociación de Empleados del Banco Industrial Colombiano (1996). Sus publicaciones literarias, son: *Historias cruzadas* (Cuentos, 1994), *Bandidos y hackers* (Novela, 2006), *Phishing* (Novela, 2010) y *Construir una novela. Cómo orientarse en el proceso de creación literaria* (Ensayo, 2011). También ha publicado los libros técnicos: *Principios de electricidad* (1995), *Electrónica básica* (1995) y *Amplificadores operacionales y otros dispositivos especiales* (1995).

Textos
Urbanos

*Este libro se terminó de imprimir en EDITORIAL L. VIECO S.A.S,
en el mes de octubre de 2014.*

*La carátula se imprimió en procalcote C1S 240 gramos,
las páginas interiores en ivory 60 gramos.*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Bookman Old Style para texto corrido y
Courier New Bold Italic para títulos.*